CAPÍTULO IX

Los Estados Generales

L 4 de mayo de 1789, los 1.200 diputados de los Estados Generales, reunidos en Versalles, se dirigieron a la iglesia de San Luis para oir la misa de apertura; al día siguiente el rey abrió la sesión en presencia de numerosos espectadores, y ya en aquella misma sesión de apertura se dibujó la inevitable tragedia que había de ser la Revolución.

El rey desconfiaba de aquellos representantes de la nación que había convocado. Se había resignado a hacerlo, pero se quejaba ante aquellos mismos representantes de «la inquietud de los espíritus», de la fermentación general; como si esa inquietud fuera ficticia y no motivada por el estado mismo de Francia; como si aquella misma reunión fuera una violación inútil y caprichosa de los derechos reales.

Impedida Francia durante mucho tiempo de hacer reformas, había llegado a sentir la necesidad de una revisión completa de sus instituciones, y el rey sólo mencionaba algunas ligeras reformas en hacienda, para las cuales hubiera bastado un poco de economía. Pedía «el acuerdo de los órdenes», cuando las asambleas provinciales habían ya demostrado que la existencia de los órdenes era asunto rancio, un peso muerto, una supervivencia del pasado. Y cuando había que renovarlo todo, como en la Rusia actual, el rey expresaba su temor «a las innovaciones». De ese modo se anunciaba ya en aquel discurso la lucha de vida y de muerte que iba a comenzar entre la autocracia real y el poder representativo.

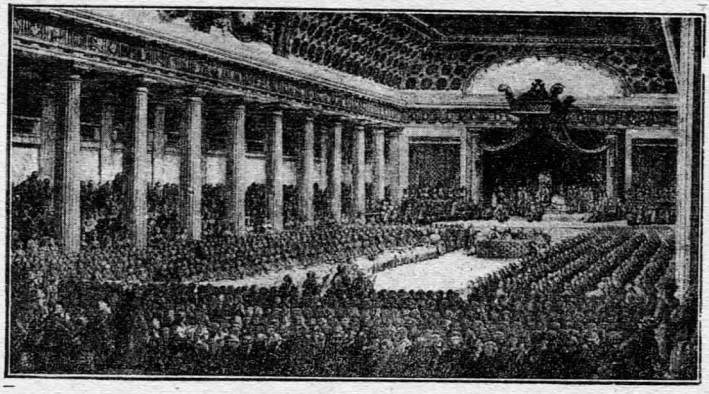
VERSALLES. IGLESIA DE SAN LUIS

Por su parte, los representantes de la nación, por sus divisiones, hacían presentir la profunda excisión que iba a producirse en toda la Revolución, entre los que se aferraban a sus privilegios y los que procuraban demolirlos.

Por último, la representación nacional mostraba ya su defecto capital. El pueblo no estaba allí representado en manera alguna; los campesinos estaban ausentes. La burguesía se encargaba de hablar por el pueblo en general; y en cuanto a los campesinos, en toda aquella asamblea de hombres de ley, de notarios y abogados, apenas había cinco o seis que conocieran el estado real o siquiera el estado legal de la gran masa de los campesinos. Todos hombres de la ciudad podrían defender a su vecino o congénere, pero no al campesino, de quien no sabían lo que necesitaba ni lo que le era perjudicial.

La guerra civil estaba ya en aquel recinto, donde el rey, rodeado de nobles, hablaba como señor al Tercer Estado, y le echaba en cara

sus «beneficios». El guarda sellos, Barentain, aclarando la positiva intención del rey, insistió sobre la misión a que los Estados Generales habían de limitarse: examinarán los impuestos cuya votación se les propondrá; discutirán la reforma de la legislación civil y criminal; votarán una ley sobre la prensa, para reprimir las libertades que se ha arrogado recientemente. Nada más. Fuera peligrosas reformas. «Las peticiones justas han sido concedidas; el rey no se ha detenido



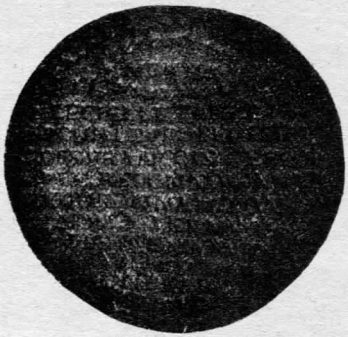
APERTURA DE LOS ESTADOS GENERALES — 5 DE MAYO DE 1789

ante indiscretas murmuraciones; se ha dignado cubrirlas con su indulgencia; *ha perdonado hasta la expresión de esas materias falsas y exageradas, con que se quería reemplazar con perniciosas quimeras los inalterables principios de la monarquía. Vosotros rechazaréis, señores, con indignación esas innovaciones peligrosas*».

Todas las luchas de los cuatro años siguientes estaban en esas palabras, y el discurso de Necker, que siguió al del rey y al del guarda sellos, discurso que duró tres horas, no añadió nada para adelantar la gran cuestión del gobierno representativo que ocupaba a la burguesía, ni la de la tierra y los censos feudales que interesaba a los campesinos. El astuto contador de hacienda supo hablar tres horas sin comprometerse con la corte ni con el pueblo. El rey, fiel a las ideas que había manifestado ya a Turgot, no comprendía la gravedad del

momento y dejaba a la reina y a los príncipes el cuidado de intrigar para impedir las concesiones que se le pedían.

Tampoco comprendió Necker que se trataba de atravesar una crisis política y social muy profunda, no solamente financiera, y que en tales circunstancias una política de balancín entre la corte y el Tercero sería funesta: además, si no era ya demasiado tarde para evitar una Revolución, convenía al menos intentar una política franca, abierta, de concesiones en materia de gobierno; era preciso plantear en sus grandes líneas el problema territorial, del cual dependía la miseria o el bienestar de toda una nación.



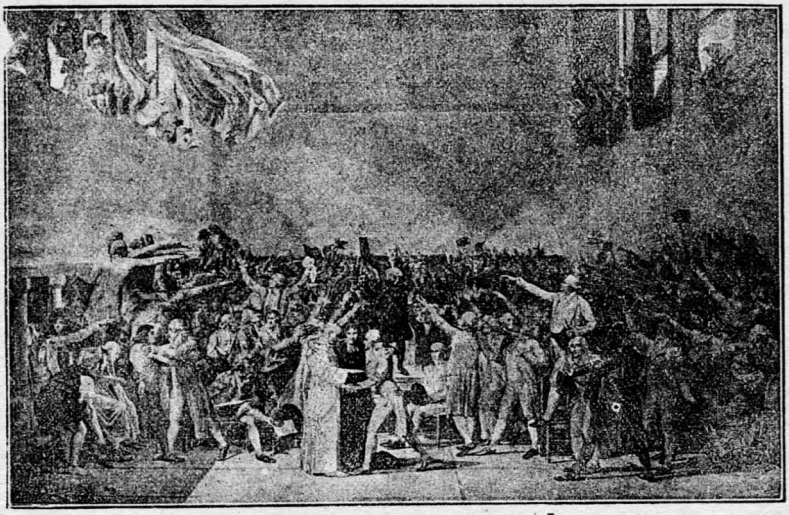
MEDALLA EN HONOR DE NECKER

En cuanto a los mismos representantes, ni los dos órdenes privilegiados, ni el Tercero tampoco, comprendieron la extensión del problema que se planteaba en Francia. La nobleza aspiraba a recobrar un ascendiente sobre la corona; el clero no pensaba más que en conservar sus privilegios, y el Tercer Estado, aunque comprendió perfectamente la marcha que había de seguir para la conquista del poder en favor de la burguesía, no tuvo en cuenta que había otro problema más importante que resolver, el de dar la tierra al campesino, para que, poseyendo una tierra libre de las pesadas cargas feudales, pudiera doblar y triplicar sus producciones y poner fin de esta manera a las escaseces crónicas que roían las fuerzas de la nación francesa.

¿Qué salida podía haber en esas condiciones, más que el choque y la lucha? ¡La rebeldía del pueblo, la insurrección de los campesinos, la Jacquería, y el levantamiento de los obreros y de los pobres en general en las ciudades! ¡La Revolución, en una palabra, con todas sus luchas y sus odios, sus terribles conflictos y sus venganzas!

Durante cinco semanas, los diputados del Tercero trataron de persuadir, por medio de negociaciones y conferencias de comisiones,

a los diputados de los otros dos órdenes a reunirse todos en sesión mientras los comités realistas trabajaban por su parte para conservar la separación de los tres órdenes. Las conferencias no daban resultado; pero el pueblo de París tomaba cada día una actitud más amenazadora. En París, el Palacio Real, convertido en club al aire libre, donde todo el mundo tenía acceso, se irritaba por momentos. Abundaban los



JURAMENTO DEL JUEGO DE PELOTA

(Cuadro de David en el Museo del Louvre

folletos y se los arrancaban de las manos. «Cada hora produce su folleto», dice Arthur Young; «hoy han aparecido trece, diez y seis ayer y noventa y dos la semana pasada. De veinte, diez y nueve son en favor de la libertad... La fermentación es inexplicable». Los oradores que arengaban al aire libre, en la calle, subidos sobre una silla delante de un café, hablaban ya de apoderarse de los palacios; se oía ya el rumor de las amenazas del Terror, mientras que en Versalles el pueblo se reunía cada día a las puertas de la Asamblea para insultar a los aristócratas.

Los diputados del Tercero se sentían sostenidos, se animaban poco a poco, y el 17 de junio, sobre una moción de Sieyès, se consti-

tuyeron al fin en *Asamblea Nacional*. El primer paso hacia la abolición de las clases privilegiadas quedaba dado de esta manera, y el pueblo de París le saludó con ruidosas aclamaciones. Así enardecida, la Asamblea votó que los impuestos establecidos eran ilegales y sólo serían exigidos provisionalmente mientras la Asamblea estuviera reunida. El pueblo no quedaba obligado a pagarlos en cuanto se disolviera la Asamblea. Se nombró un comité de subsistencias para combatir el hambre, y los capitalistas fueron tranquilizados por la Asamblea, que consolidó la deuda pública. Acto fué aquél de alta prudencia en aquel momento, en que era preciso vivir a toda costa y desarmar la potencia del capitalista prestamista, que hubiera sido indudablemente peligrosa y amenazadora si se hubiera puesto del lado de la corte.

MIRABEAU

Pero todo eso significaba la rebeldía contra el poder real, por lo que los príncipes (de Artois, de Condé, de Conti), de acuerdo con el guarda sellos, concertaron un golpe de Estado. En un día dado, el rey se presentaría con gran aparato en la Asamblea, y allí rompería todos sus decretos, ordenaría la separación de los órdenes y él mismo fijaría las reformas que deberían hacerse por los tres órdenes reunidos separadamente.

¿Qué quería oponer Necker, el perfecto representante de la burguesía de la época, al golpe de autoridad, al golpe de Estado preparado por la corte? También quería él un golpe de autoridad, una sesión real, en la que el rey *concedería* el voto por cabeza, sin distinción de los tres órdenes, en materia de impuestos; mas para todo lo concerniente a los privilegios de la nobleza y del clero, los órdenes, reunidos

separadamente, serían conservados. Pero ese proyecto era todavía menos realizable que el de los príncipes. Además, no se arriesga un golpe de Estado para una solución a medias, que no hubiera podido sostenerse ni quince días. ¿Cómo podría reformarse el impuesto sin tocar a los privilegios de los órdenes superiores?

En tal situación, los diputados del Tercer Estado, animados por la actitud cada vez más amenazadora del pueblo de París y hasta el de Versalles, decidieron resistir a los planes de disolución de la Asamblea y ligarse al objeto por un juramento solemne. Viendo su sala de reuniones cerrada por los preparativos que en ella se hacían para la sesión regia, se dirigieron en comitiva a una sala privada cual quiera, la del Juego de Pelota. Una masa de pueblo acompañaba a la comitiva, que marchaba, con Bailly a la cabeza, por las calles de Versalles. Presentáronse soldados voluntarios para montar la guardia en su rededor. El entusiasmo de aquella multitud que les envolvía se comunicaba a los diputados.

Llegados a la sala del Juego de Pelota, conmovidos y siguiendo el movimiento de un bello impulso, prestaron todos, excepto uno solo, el juramento solemne de no separarse sin haber dado una Constitución a Francia.

Todo ello sin duda no eran más que palabras; hasta había algo de teatral en aquel juramento, ¡no importa! Hay momentos en que son necesarias esas palabras que hacen vibrar los corazones. Y el juramento prestado en el Juego de Pelota hizo vibrar los corazones de la juventud revolucionaria en toda Francia. ¡Desgraciada asamblea que no sepa encontrar esas palabras, esa bella actitud!

Aquel acto de valor de la Asamblea tuvo inmediatas consecuencias. Dos días después se vieron obligados los diputados del Tercero a dirigirse a la iglesia de San Luis para celebrar allí sus sesiones, y el clero vino a ellos para asociarse a sus trabajos.

El gran golpe de la sesión regia se dió el día siguiente, 23 de junio; pero su efecto había sido ya amortiguado por el juramento del Juego de Pelota y la sesión en la iglesia de San Luis. El rey se presentó ante los diputados: anuló todos los acuerdos de la Asamblea, o más bien

del Tercer Estado; ordenó la conservación de los órdenes; determinó los límites de las reformas que habían de realizarse, y amenazó a los Estados Generales con la disolución si no obedecieran, Por el momento ordenó a los diputados separarse, y la nobleza y el clero obedecieron y salieron de la sala; pero los diputados del Tercero se mantuvieron en sus puestos. Entonces Mirabeau pronunció el bello y famoso discurso en que les dijo que el rey no era más que su mandatario, en tanto que los diputados tenían su autoridad emanada del pueblo, y habiendo prestado su juramento, no podían separarse sin haber hecho la Constitución. «Estamos aquí por la voluntad del pueblo, y de aquí no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas».

Pero la fuerza no la poseía ya la corte. Necker había manifestado anteriormente, en el mes de febrero, que no había obediencia en ninguna parte y que ni siquiera estaba seguro de las tropas.

En cuanto al pueblo de París, ya se vió en 27 de abril cuáles eran sus disposiciones. De un momento a otro se temía en París un levantamiento general del pueblo contra los ricos, y algunos revolucionarios ardientes no dejaron de ir a los sombríos suburbios en busca de refuerzo contra la corte. En el mismo Versalles, la víspera de la sesión regia, un diputado del clero, el clérigo Maury, lo mismo que d'Epremesnil, diputado del Tercero, que se pasó a la nobleza, fueron apaleados. El día de la sesión real, el guarda sellos y el arzobispo de París fueron «silbados, gritados e injuriados hasta perecer de vergüenza y de rabia», hasta tal punto, «que el secretario del rey, Passeret, murió de la emoción el mismo día». El día 24, el obispo de Beauvais recibió una fuerte pedrada en la cabeza. El 25 de junio, la multitud silbó a los diputados de la nobleza y del clero. Todos los cristales del palacio del arzobispo de París fueron rotos a pedradas. «Las tropas se negaron a tirar sobre el pueblo», dice Arthur Young. La amenaza del rey quedó, pues, vacía de sentido: la actitud del pueblo era demasiado amenazadora para que la corte tratara de recurrir a las bayonetas, y entonces Luis XVI lanzó esta exclamación: «¡Después de todo, que se queden!»

Pero, la misma Asamblea del Tercero, ¿no deliberaba bajo las

miradas y las amenazas del pueblo que ocupaba las galerías? Ya el 17 de junio, cuando el Tercer Estado se constituía en Asamblea Nacional, esta decisión memorable fué tomada entre las aclamaciones de las galerías y de las dos o tres mil personas que rodeaban la sala de sesiones. La lista de los trescientos diputados del Tercero que se habían opuesto y se habían agrupado alrededor del ultra-realista Malouet, corrió por París, y hasta se pensó en quemar sus casas. Y cuando en el juramento del Juego de Pelota, Martín Dauch se negó a jurar, Bailly, el presidente de la Asamblea, tuvo la prudencia de hacerle escapar por una puerta excusada, para evitarle el peligro de presentarse ante el pueblo reunido a las puertas de la sala, y durante algunos días hubo de ocultarse.

Sin esa presión del pueblo sobre la Asamblea, es muy probable que los valerosos diputados del Tercer Estado, de quienes la historia conserva el recuerdo, jamás hubieran podido vencer las resistencias de los tímidos.

En cuanto al pueblo de París, abiertamente se preparaba al motín con que respondió al golpe de Estado militar que la corte preparaba contra París para el 16 de julio.